

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
823

SANTORAL

Dom. 27 De Resurrección. Santos Juan Damasceno, Rupertio obispo, Lázaro mártir.

Lun. 28 San Juan Capistrano y los mártires Prisco, Malco y Alejandro.

CUARTO MENGUANTE a las 10, 23 p. m.

Mart. 29 Santos Eustasio, Cirilo, Jonás y Pastor mártires.

Miérc. 30 San Juan Clímaco, Pedro Regalado y Zósimo.

Juev. 31 San Benjamín diácono, Balbina virgen y Alejandro papa.

Viern. 1 San Melitón, Venancio, Víctor y Esteban mrs.

Sáb. 2 San Francisco de Paula y Urbano, Abundio y Víctor obispos.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 2, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 10 de que es Celadora la Srta. Rosa Astorga M.—María Santísima es: «Rama florida de Jesé, centro de las más subidas esperanzas, dechado de toda santidad, solaz del mundo, norma y orden de la caridad, prenda de victoria, vaso de perfumes».
(Misal ant. de Cluny)

Domingo de Resurrección

Evangelio según San Marcos—Cap. XVI, vs. 1-7

En aquel tiempo, María Magdalena, y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas, para ir a embalsamar a Jesús. Y partiendo muy de madrugada el domingo o primer día de la semana, llegaron al sepulcro, salido ya el sol. Y se decían una a otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada al sepulcro? La cual, realmente, era muy grande. Mas echando la vista repararon que la piedra estaba apartada. Y entrando en el sepulcro, o cueva sepulcral, se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron pasmadas. Pero él las dijo: No tenéis que asustaros; vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fué crucificado: ya resucitó; no está aquí, mirad el lugar donde le pusieron. Pero id y decid a sus discípulos, y especialmente a Pedro, que él irá delante de vosotros a Galilea; donde le veréis, según que os tiene dicho.

Aplicación moral

En el Evangelio de S. Marcos, que hoy nos lee la santa Iglesia, hay una palabra que le compendia todo: «Resurrexit»: ¡Resucitó! El divino Maestro, que dos días hace había muerto en una cruz, y yacía en el sepulcro, acaba de resucitar. Para que la alegría de este santo día, de este día del Señor, sea más íntima, consideremos todo lo que nos dice el ángel con esta consoladora palabra.

Jesu-Cristo resucitó. La resurrección de Cristo no es una hipótesis, una piadosa consideración, el resultado de un raciocinio: es una palpitante realidad, es un hecho viviente. Y sobre este hecho, sobre esta realidad, como en su fundamento, descansa el cristianismo. El cristianismo no es únicamente, no es principalmente, una doctrina o un sistema doctrinal: es más bien una institución basada y radicada en un hecho. De ahí el carácter y juntamente la solidez indestructible de la fe cristiana. No es la fe la simple creencia en un sistema de doctrinas especulativas y abstractas: es la plena adhesión de la inteligencia, y, tras la inteligencia, la adhesión del hombre entero, a la verdad de un hecho. Por esto la Iglesia celebra y ha celebrado siempre, como

la primera y principal de todas sus solemnidades, la resurrección de nuestro Señor Jesu-Cristo. Animados de este espíritu de la Iglesia, celebremos esta solemnidad de las solemnidades, de tal manera, que se temple en ella el vigor de nuestra fe. No, no creemos fábulas más o menos bien combinadas, sino hechos vivientes, realidades palpables.

Si Jesu-Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos; si él resucitó para no morir más, también nosotros resucitaremos para vivir eternamente con él, si su resurrección fué, por decirlo así, rebosante de luz y de vida, luminosa y vital será también la nuestra. Jesu-Cristo y los fieles formamos un solo cuerpo, un solo organismo viviente: él es la cabeza, nosotros somos los miembros. Si la cabeza resucitó, también han de resucitar los miembros; y la resurrección de los miembros será conforme a la gloria de la resurrección de su divina cabeza.

En las tribulaciones de esta vida miserable, levantemos nuestros ojos llorosos al cielo para contemplar la gloria de Jesu-Cristo y consolarnos con el dulce pensamiento de que el Señor no es avaro de su felicidad, ni quiere gozar solo de su gloria.

Su amoroso Corazón se abrasa en deseos de vernos allí a su lado gloriosamente resucitados.

En la resurrección del Salvador hallamos, pues, el más sólido fundamento de nuestra fe, aliento y refrigerio de nuestra esperanza, incentivo y pábulo dulcísimo de nuestro amor.

CONSTANCIA INTREPIDA DE LOS CATOLICOS EN LA FE

FIDES INTREPIDA

Atalaya sobre la roca vaticana está un anciano de aspecto venerable, de serena mirada y de corazón placentero. A sus pies rugen las embravecidas olas de las pasiones humanas que van amenazadoras a chocar en aquella roca donde se deshacen en blanca espuma. Los poderosos de la tierra le miran con altanería y desprecio, vejan de todas maneras a sus súbditos esparcidos por toda la tierra, derraman aquí y allá la sangre de los mismos, se unen entre sí para hacerle cruda guerra y él contempla desde su altura con la sonrisa en los labios la muchedumbre de enemigos que lo rodean, escucha tranquilo el silbido de los huracanados vientos que soplan a su alrededor, mira con desdén las amenazas, y maestro de todos los hombres, constituido por Dios para enseñarles el camino de la verdad, defiende con denuedo los principios de la religión y de la moral, flagela sin piedad al vicio, se enfrenta sin miedo con el soberbio y poderoso, y no cede al enemigo ni un palmo siquiera de terreno, cuando ve que esto se opondría al honor de Dios y al provecho de los prójimos. Aconseja, protesta, amenaza, enseña, castiga sin que ni las promesas ni las amenazas lo hagan desistir de su derecho. En su escudo de armas se lee en pocas palabras el programa de su vida; su mote es FIDES INTREPIDA: Fe intrépida.

CONTRASTES

Contrasta con esta intrépida constancia del Romano Pontífice, la debilidad escandalosa de tantos católicos esparcidos por el mundo, que en nada tienen y estiman su religión. Bien merecen los 350.000.000 de católicos que hay, que pidamos al Señor les conceda INTREPIDA CONSTANCIA EN LA FE.

NECESIDAD DE ELLO

Tengamos ante todo entendido que sin la fe no nos podemos salvar, como claramente lo dice Jesucristo en el Sagrado Evangelio. EL QUE CREYERE Y FUERE BAUTIZADO, SE SALVARÁ; pero el que no creyere, se condenará (Marc. 16, 16) y hay que perseverar hasta el fin en esta fe, porque sólo se puede salvar el que perseverare hasta el fin, dice San Mateo en el capítulo 10, 22 y 24, 13. Pocos saben que esta fe necesaria para salvarse, en nada se diferencia del verdadero y eficaz conocimiento de Dios y de aquél que él envió, Jesucristo. ESTA ES LA VIDA ETERNA, QUE TE CONOZCAN A TI SÓLO VERDADERO DIOS Y A QUIEN ENVIASTE, JESUCRISTO (Joan, 17, 3).

Ahora bien, el Romano Pontífice Pío XI en su primera Encíclica «*Ubi Arcano*» se queja entristecido de que los hombres se hayan apartado de Dios y de Jesucristo, sobre todo en tres cosas muy principales para conservar la fe; en el gobierno de los Estados, en la formación de la familia y en la educación de la juventud. Apartado Dios de las leyes y del gobierno de los Estados, poco costó a los impíos y radicales trabajar para conseguir que ni Dios ni Jesucristo presidiesen la formación de la familia, rechazando el matrimonio cristiano y dando valor y fuerza a ese *concubinato legal* que se llamara *matrimonio civil* que tantos daños causa a la sociedad. El último golpe fué apartar a Dios y a Jesucristo de la educación de la juventud para hacer de los que debieran ser mañana honrados ciudadanos, una manada de criminales más dignos

de las cárceles y presidios que del respeto y estimación de los demás.

Trabajan empeñosamente en empresa tan perversa, lo que el Romano Pontífice en la Encíclica «*Quas Primas*» llamara *peste, el Laicismo*, y muchos otros enemigos de la verdadera Fe.

Ahora bien, ¿con qué constancia se oponen los católicos a estos atrevidos agrésores de nuestra santa fe? Dejemos a un lado aquellos heroicos defensores de la religión que en México y en Armenia y en Rusia y en China sucumbieron valerosamente, prefiriendo dar su vida antes que ser infieles a Dios; dejemos también a un lado aquellos admirables paladines de la verdad católica que en todas partes y en todos los estados de la sociedad encontramos siempre dispuestos a rechazar los errores y a proteger con todo su empeño la unidad de la verdadera fe; pasemos por alto a tantos otros que con acción verdaderamente católica y con todas sus fuerzas, conservan y procuran conservar en todas partes la fe de Jesucristo, a los cuales, se les puede aplicar con justicia aquella hermosa frase de San Francisco de Sales, que *los apóstoles de ninguna otra manera luchan, sino padeciendo; de ninguna otra manera triunfan, sino muriendo*.

Que crezca cada día más esta falange de héroes del cristianismo y que Dios les dé fortaleza para proseguir en su camino de tanta gloria y esplendor de nuestra sacrosanta religión.

CUATRO CLASES DE CATOLICOS

Pero apartemos por un momento nuestra vista de ellos y fijemos nuestra mirada en las diversas clases de católicos que se presentan espontáneamente a nuestra consideración.

El primer grupo que se presenta a las meditaciones del observador atento, es el de aquellos que, lavados en el bautismo con la sangre del Cordero inmaculado y enriquecidos de la gracia, con increíble ignorancia de las cosas divinas, inficionados de doctrinas falsas, lejos de la casa del padre, viven vida llena de vicios, sin que la ilumine la luz de la verdadera fe, ni la aliente la esperanza de una felicidad eterna, ni la inflame el fuego de la caridad, de modo que pueda con razón decirse que están como los paganos sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Y desgracia semejante acontece no sólo a los que llamamos ignorantes, sino de una manera especial a los sabios y entendidos. El comerciante sabe de comercio, el doctor en medicina sabe de curaciones y remedios, el doctor en leyes sabe de todas las tretas que hay para engañar a los clientes y armar zancadillas a los mismos tribunales, el político conoce todos los engaños y vericuetos de la mentira para no decir la verdad, el agricultor conoce los tiempos y estaciones para sembrar y recoger la cosecha y las diversas clases de terreno; en una palabra, de todo se sabe hoy, menos de religión, de moralidad, de buena fe, de honradez, de temor de Dios. Los tales forman más bien en las filas enemigas que en las propias de su religión. ¿Qué constancia pueden ellos tener?

Forman el segundo grupo, aquellos que metidos en su concha, no se atreven a salir nunca de ella; es decir, aquellos que tímidos y pusilánimes no se atreven a resistir al mal, y si acaso alguna vez se arriesgan a hacer resistencia, lo hacen con tanta flojedad y dejadez que los enemigos, en vez de arredrarse, cobran mayores bríos viendo que han de luchar con personas tan tímidas e indecisas.

Cunde entre los fieles, dice el Papa, formando el tercer grupo de católicos, la negligencia de la disciplina eclesiástica y de aquellas antiguas instituciones en que estriba toda la vida cristiana y con que se rige la sociedad doméstica y se defiende la santidad del matrimonio; menospréciase totalmente y deprávase con muchos halagos la educación de

los niños, arrebatase a la Iglesia la facultad de educar a la juventud cristiana; olvidase deplorablemente el pudor cristiano en la vida y principalmente en el vestido de la mujer; codicianse desenfrenadamente las cosas perecederas; suben sin término los presupuestos civiles, captan los desvergonzados el aura popular; difámase a la autoridad legítima, y finalmente, menospréciase la palabra de Dios, con lo que la misma fe se destruye o se pone al borde de la ruina.

Para colmo de estos males viene la pereza y el abandono de aquellos que, durmiendo o huyendo como los discípulos, vacilantes en la fe, miserablemente abandonan a Cristo, oprimido de angustias o rodeado de los satélites de Satanás, y la perfidia de los que, a imitación del traidor Judas, o temeraria o sacrílegamente comulgan o se pasan al campo enemigo. Por eso, aun sin querer, asalta al alma la idea de que se acercan los tiempos de que vaticinó así Nuestro Señor: «Y porque abundó la iniquidad, se enfrió la caridad de muchos». (Mat. 24, 12).

¿COMO CONSEGUIR ESTA INTREPIDA CONSTANCIA EN LA FE?

Jesucristo ha dado los medios necesarios para adquirir las virtudes, para perseverar en ellas y para resistir a todos los embates de los enemigos. *Velad y orad*, nos dice, *para que no entréis en tentación* (Mt. 26, 41; Mr. 14, 38). La perseverancia final con nada se puede merecer. Aunque hagamos limosna a los pobres y les repartamos todo nuestro haber, aunque nuestra vida sea un tejido de buenas obras, aunque trabajemos con tesón en nuestra santificación, es la perseverancia final gracia tan grande y tan excelente que no la podemos nunca merecer, pero sí la podemos alcanzar con nuestras oraciones y buenas obras. Y como quiera que no sólo debemos conservar la fe, sino aumentar cada día más, es conveniente que dirijamos frecuentemente al Señor aquella humilde súplica de los Apóstoles: *Adauge nobis fidem*, aumenta nuestra fe (Luc. 18, 5).

Magnífica es la oración, pero es necesaria también la vigilancia. Conviene, pues, ante todo, instruirse en las cosas de la fe. ¡Cuántos son fácilmente engañados por los enemigos de la Religión, por no estar suficientemente instruídos en ella! ¡cuántos vuelven las espaldas a la Iglesia Católica en la cual nacieron, por no conocer a fondo su doctrina.

El buen católico no se contenta con poseer la fe, sino que la propaga entre los demás o para instruirles, o para confirmarlos en ella o para reprimir la audacia y la mofa de los infieles.

Algunos parecen nacidos para la lucha. La confianza en Dios les dará ciertamente la victoria, especialmente si no trabajan solos y separados de los demás, sino formando un sólo cuerpo y presentando un solo frente a los enemigos del nombre católico.

La caridad perfecciona la fe; el amor de Jesucristo es el que la sostiene, la alimenta y la esfuerza, cuanto más grande sea el amor que profesamos a Jesucristo, tanto más intrépida será nuestra constancia en la fe!

José O. Rossi, s. J.

¡NO MAS CHARLATANES!

Acabamos de leer una noticia que nos ha producido honda impresión de júbilo. En Hungría se ha lanzado el grito de guerra contra los charlatanes. La Sociedad Médica húngara, convencida de que la charlatanería es una enfermedad de las peores que pueden afectar al hombre, ha resuelto hacer todo lo posible para acabar con esa plaga

COMO EN LOS TIEMPOS BÍBLICOS.—Cosa rara: el primer charlatán que actuó en el mundo (encara-

mado a un árbol del paraíso), usaba frases semejantes a las que usan los charlatanes de hoy: ofreció, el muy pícaro, un remedio infalible para saberlo todo y aseguró, además, que el que siguiera su consejo no moriría jamás. Era el predecesor remoto de los actuales charlatanes que pregonan libritos de adivinación y recetas maravillosas para no envejecer.

He aquí un tipo muy corriente:

Un caballero sube a una mesa, toca una campanilla y asiendo en la mano izquierda unos libritos, los muestra a su auditorio, compuesto de una treintena de personas, entre las que predominan los soldados, las muchachas de servicio, francas de ídem, y unos cuantos chiquillos.

Empieza la peroración:

«Usted, señorita, usted caballero, ustedes todos dirán al verme: «¿qué vende ese señor?» Yo os digo que no vendo nada. Porque no puede venderse aquello que está por encima de todo valor apreciable en dinero. Señores y señoras, ¿veis este librito? Pues este librito es un tesoro. Yo no lo vendería por todo el oro del mundo. En este librito está la ciencia de todas las cosas. ¿Queréis saber qué tiempo hará mañana?, este librito os lo dice. ¿Queréis saber si seréis correspondidos en vuestros quereres?, este librito os lo dice. ¿Queréis saber cómo ganaréis dinero, muchísimo dinero?, en este librito lo encontraréis. El que tiene este librito, tiene suerte en la lotería, tiene suerte en los asuntos domésticos, tiene suerte en todo. Si queréis saberlo todo, si queréis adivinarlo todo... lleváos este librito que os ofrezco. Pero os lo repito. Este librito no se vende, porque no se pagaría con todos los millones que hay en el Banco; este librito se regala... Yo os lo regalo ahora... ¿Os extraña que os lo regale? Pues, sí, señores: yo os regalo este librito, porque es dároslo completamente regalado el que yo os lo dé por una peseta... ¡Ya veis, una insignificancia!; sí, señores, por una peseta... ¡Eso es regalado! ¿Quién quiere este librito... por una peseta... sólo por una peseta? ¡Ja, ja, ja! Diréis que estoy loco...; dar la ciencia de todas las cosas por una peseta... Pues, sí, señores... ¡por una peseta nada más! ¿Quién quiere este librito?...

—Yo—contesta con voz firme un soldadote de cara ingenua.

—Yo—responden en seguida casi simultáneamente varias muchachas.

—Y yo...

—Yo también.

El charlatán ha hecho negocio redondo: en dos minutos ha vendido más de veinte ejemplares, a peseta, de un pequeño y vulgar calendario que escasamente valdrá cinco céntimos.

Y un rato después iniciará, con escasas variantes, la misma arenga ante un auditorio siempre nuevo, y siempre propenso a dejarse engañar.

LOS PEORES CHARLATANES—Para luchar contra la charlatanería es ante todo preciso definirla, pues de otro modo nadie sabría contra quien combatir. Ahora bien: ¿es justo considerar como charlatanes a los que subidos sobre una mesa o un taburete pregonan en la calle la excelencia de unas baratijas, y excluir de esa clasificación a los que hacen absolutamente lo mismo encaramados a las columnas de la Prensa, en la sección de anuncios, o a los que dan recetas maravillosas de regeneración social desde una cátedra, o acaso desde la tribuna de un parlamento? ¿Qué charlatanería es de peor género y de más graves consecuencias, la de los charlatanes callejeros o la de los charlatanes científicos? La de los charlatanes de la prensa.

LA RESURRECCION DEL HIJO DE DIOS

Muerto a Dios mirando
Los verdugos fieros,
Noche ser perpetua
Su morir creyeron.

Pero Dios confunde
Presumir tan ciego,
Y al tercero día
Resucita excelso.

¡Oh qué puro gozo
De María el seno
Dulce inundarla,
Tanta gloria viendo!

¡Qué alegría santa
La de ver su cuerpo

Tan llagado antes,
Y después tan bello!

Salve, Madre mía,
Salve por el tierno,
Por el puro gozo
Que sentiste al verlo.

Ya del verbo eterno
La misión concluye
Pues salvado el hombre,
A los cielos sube.

Su fulgente cuerpo
Vierte hermosa lumbre;
Pero al fin le oculta
Envidiosa nube.

¡Oh qué puro gozo
Qué placer tan dulce
El de ver María
Su ascensión ilustre!

Ya Jesús al trono
De su gloria acude;
Ya es feliz María,
Pues Jesús no sufre.

Salve, Virgen bella,
Salve entre Querubes,
Por su ascenso hermoso
A la eterna cumbre.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL BOYCOT INDIANO

- 1.—Retirar toda clase de cooperación con el Gobierno.
- 2.—Llevar a cabo las resoluciones de la Comisión del Congreso cualesquiera que sean los sufrimientos, pérdidas de vidas y de propiedades que su cumplimiento exija.
- 3.—Eliminar toda huella de violencia de los corazones. Proteger a todos los ingleses, sean hombres, mujeres o niños.
- 4.—Eliminar todas las drogas, narcóticos y bebidas embriagantes.
- 5.—Ayunar, orar y meditar.
- 6.—Recordar que el boicot es el arma principal, y que las armas del Gobierno son las disposiciones represivas, los arrestos en masa y la matanza sin freno. Este es el precio que toda nación paga por su libertad. El boicot es el arma que pondrá a Inglaterra a los pies del pueblo de la India. Ningún poder de la tierra puede hacer que un indostánico compre algo que no quiera.
- 7.—Negarse a tocar nada que sea inglés. Respecto a los demás artículos extranjeros, comprarlos solamente en el caso que sean indispensables. Recordar que todo artículo importado significa ingresos para el Gobierno: el dinero que obtiene; lo emplea en la compra de municiones para matarnos y privarnos de los seres queridos.
- 8.—Es deber de todos impedir que un centavo vaya a las arcas del Gobierno. Hágase uso lo menos posible del correo, del telégrafo y de los ferrocarriles, porque son los medios de que se vale el Gobierno para obtener ingresos.
- 9.—Negarse a comprar valores británicos.
- 10.—Eliminar los trajes extranjeros y usar la tela nacional.

Estos mandamientos, observados con la perseverancia y fidelidad del pueblo indo, están haciendo sentir sus efectos a los negociantes de Bombay, habiendo reducido ya sus negocios a una cuarta parte de su volumen normal. La Bolsa o la Casa de contratación de algodón de Bombay, que es la segunda en importancia, ha llegado a sufrir ya una pérdida diaria de cerca de 3000,000 dólares. La exportación del oro que antes llegaba a 2.000,000 de dólares diarios, ha descendido a 500,000. Varias bolsas o casas de contratación han tenido que cerrar sus puertas. Desde el arresto de Gandhi no se ha vendido una vara de tela inglesa en el mercado de Bombay; al por mayor antes solía este mercado abastecer a toda la India. Más aún; los nacionalistas han inaugurado por su cuenta un servicio postal entre Bombay y puntos cercanos, que si tiene el éxito que esperan, lo extenderán a toda la India, disminuyendo así todavía más los ingresos del Gobierno británico.

EL PRIMER DICCIONARIO LATINO-KIKUYU

Bien sabida es la trascendencia e importancia que para la práctica misionera supone la formación del Clero indígena, que, gracias a una profunda preparación cultural y una pertinente formación sacerdotal, gozará de una plena confianza de sus compatriotas precisamente en los sitios y en las circunstancias en que el misionero europeo encontraría los ánimos cerrados y las voluntades hostiles e invencibles.

Precisamente eso justifica el exquisito cuidado que merecen los seminarios de Africa para indígenas.

Y de esta preocupación es un magnífico ejemplo digno de imitación el que nos ofrece la Misión de Nyeri, que acaba de imprimir en el pasado mes un amplio vocabulario latino-kikuyu que consta de casi 18.000 voces y que forman un grueso volumen de 326 páginas.

POR LA BUENA PRENSA

Al mismo tiempo que se despierta gran interés en todo el país por la organización de la Acción Católica, se va insistiendo también en la necesidad de apoyar a la prensa católica. Sobre este respecto, es interesante y de suma actualidad la Pastoral que publicó el pasado noviembre el Excmo. Sr. Agustín Barrere, Obispo de Tucumán. Por no extendernos demasiado, citaremos este solo párrafo, que encierra una buena lección para los que tienen cura de almas:

«La prensa es la verdadera *«escuela única»*. Ningún maestro, por sabio y virtuoso que sea, puede tanto como el periodista, aún sin título científico y garantía moral, para destilar cada día en el cerebro de sus lectores ideas falsas o verdaderas, sentimientos malos o buenos que pregona sin descanso, vistiéndolos con oropeles que seducen y engañan a veces hasta a los más precavidos. Para el lector asiduo de un periódico vale más que para otro cualquiera el proverbio conocido: *«Dime con quien andas y te diré quién eres»*.

La Comisión Catequística de cierta parroquia distribuyó profusamente una circular, repitiendo verdades de todos teóricamente muy conocidas, pero prácticamente muy olvidadas. «Por doquiera, dice, soplan vientos de impiedad, de incredulidad; hombres pacíficos e instruidos en todas las demás cuestiones, se muestran muy ignorantes en materia de religión, porque leen únicamente diarios impíos que encuentran a cada paso.

«Si los católicos pusiéramos sobre todas nuestras obras el apoyo a la buena prensa como se hace en Holanda, Bélgica, etc., se puede afirmar que todo cambiaría, y que la fe renacería en millares de inteligencias.

«Seamos previsores y tratemos de poseer una prensa que por su importancia y circulación se imponga al error...»

Por supuesto, donde no hay diarios católicos, y aun en donde los hay, conviene no olvidarse de los semanarios católicos, ni de las hojas de propaganda católica, que no debieran faltar en ningún hogar, por pobre que sea.